

TAUROMAQUIA E INTERPRETACIÓN FREUDIANA DEL ORIGEN DE LA FIESTA¹

Víctor Gómez Pin²

«Un acontecimiento como la supresión del padre por la horda fraterna tenía que dejar huellas imperecederas en la historia de la humanidad y manifestarse en formaciones sustitutivas, tanto más numerosas cuanto menos grato era su recuerdo directo» (Freud).

«Algunos mozos bajados hasta el ruedo redujeron al animal. Inmediatamente después sacaron al toro de la plaza conduciéndolo, en una auténtica manifestación, hasta el ayuntamiento, en cuyo balcón colgaron la res y colocaron diversas pancartas con textos como: Alcalde berebere, el pueblo no te quiere... Así tenías que estar tú.

Más tarde los vecinos arrastraron al animal hasta la ribera del río, donde fue asado en una gran hoguera». (Acontecimientos ocurridos en el pueblo obulense de Navalunga en septiembre de 1977).

I. Evocación preliminar.- II. La prohibición totémica como lo constitutivo de la identidad.- III. Papel secundario de la sangre.- IV. La fiesta como unidad de la ley y de su transgresión.- V. Rebaños de toros y caballos.- VI. Colofón: Cristo y la figura del matador de bueyes.- VII. Resumiendo nuestra hipótesis.



I. EVOCACIÓN PRELIMINAR



e permitiré empezar recordando algo por todos conocido, a saber, la jornada festiva de un mozo de Pamplona. (Mi descripción es naturalmente esquemática y mi mozo quizás excesivamente *castizo*).

¹ Este artículo fue publicado por primera vez en el n.º 1 de la inencontrable revista *Separata. Literatura, Arte y Pensamiento* (Sevilla, invierno 1978-79) y posteriormente reproducido en Kramer, Margarita (Ed.): (1981) [1931-1981]: *Cincuentenario de la Plaza de Toros Monumental de las Ventas del Espíritu Santo. Homenaje*, Madrid, Diputación Provincial, 1981, págs. 416-427.

² N. del E.: Es catedrático de Filosofía de la Universidad Autónoma de Barcelona. Obtuvo en 2002 el Premio Fundación *Joselito* con el ensayo *La escuela más sobria de vida. Tauromaquia como exigencia ética*, Madrid, Fundación Taurina de la Comunidad de Madrid "José Miguel Arroyo *Joselito*" y Espasa Calpe, 2002. Es miembro fundador de la Fundación de Estudios Taurinos.

- Tras el encierro, a las seis de la mañana (hora de sol, ocho hora oficial) almuerzo con los dem1s compañeros corredores, con cierta probabilidad estofado de toro.
- A las once trabajo: compra de la merienda y preparaci3n colectiva de la bebida (sangr1a generalmente) que ha de acompañarla.
- A la una *poteo*, en ocasiones con visita a los *corrales del gas*, para ver si han desencajonado alguna nueva corrida.
- A las dos y media –aspecto importante– 1nica comida familiar de la jornada, es decir 1nico momento en el que el mozo no comparte la comensalidad (expresi3n del traductor de Freud) con los miembros de la peña. (Fig. n.º 53).



Fig. n.º 52.- Dal1: *Freud retratado durante la 1nica breve entrevista que celebraron.* Apud Freud (1973: I, L1m. 35).

- Por la tarde la corrida y en 1sta, cada año con mayor intensidad, primac1a de la relaci3n entre espectadores sobre la relaci3n dual espectador-torero. Esta 1ltima est1 en cierto modo subordinada a aqu1lla, es decir juega el papel de ocasi3n necesaria para la anterior. Los espectadores (me refiero a los de sol, a los mozos) bailan, se abrazan, se frotan –voz m1s adecuada– sin cesar y –aspecto fundamental– comparten un *pienso* permanente seg1n la expresi3n de uno de mis amigos de Pamplona, expresi3n absolutamente significativa respecto a los intereses de este trabajo. Cualquiera asiduo de los sanfermines habr1 comprobado

que la comida y la bebida juegan cada vez un papel más importante en el tendido. Antes de que el tercer toro surja el plato fuerte –muy a menudo estofado, una vez más, de toro– ya han circulado abundantes entradas (langostinos, por ejemplo) y se ha atacado sin cesar a la sangría.

Un aspecto de lo que ocurre en el ruedo: lo que más enfurece al espectador (me atrevería a decir que es lo único que le pone fuera de sí) es la blandura y la mansedumbre del toro. En



Fig. n.º 53.- *Bebiendo en la plaza. Fiestas de San Fermín (Pamplona).* Apud Masats, R. y García Serrano, R. (1963): *Los Sanfermines*, Madrid, Espasa Calpe.

ocasiones se diría que el mozo la experimenta como un insulto personal. Esto, por supuesto, es común a la mayoría de las plazas, pero lo anoto porque en Pamplona el espectador es, a veces, casi indiferente a la ausencia de *arte* en el torero. (Lo cual no quiere decir que no aprecie el emerger imprevisto de la belleza).

- Tras la corrida, visita al patio de caballos donde se descuartiza al animal, y *desfile* de las peñas con apretones, abrazos, empujones y, en general, una desenfadada y equívoca fraternidad.

- A las diez de la noche *encierrillo* de los toros del día siguiente y, en fin:
- A las once cena –muchas veces, de nuevo– estofado de carne de toro.

Una precisión: este programa, por así decirlo, castizo no se pierde sino que, al contrario, se refuerza cada año. Los mozos van cada vez más uniformados, preparan con mayor atención las meriendas y se someten al rito completo de los sanfermines con mayor fidelidad. Quiero decir que, en cierto modo, estas fiestas son ahora más rituales que en otras épocas. Diríase que la sociedad actual ha engendrado —en el caso concreto de Pamplona— una necesidad mayor de vivir la fiesta como tal, de marcar la frontera que separa su exigencia ritual de la ley cotidiana. Ni siquiera la problemática política vasca ha conseguido desplazar la atención de los mozos. Sin embargo algunos de los sanfermineros más ritualistas son partidarios radicales de la autonomía e incluso de la independencia de los vascos. Señalo este punto porque en otros estamentos vascos no se tiene excesiva simpatía a los sanfermines identificados —superficialmente creo yo— al españolismo.

En zonas taurinas que carecen de tradición como la Camarga en Francia³, también el ritual de la consumición del animal parece abrirse camino. Durante las fiestas de la *Pentecôte* los restaurantes de la Camarga ofrecen la *gardiane* de toro, especie de estofado con una salsa hecha con vino del país y plantas silvestres. Amigos de Nimes me indican que este plato no se consume de ordinario el resto del año. En otras zonas taurinas esta dimensión se halla menos presente, pero

³ Digo carecen de tradición de corridas de toros de muerte porque el juego del toro allí no implicaba el sacrificio de éste ni, por tanto, su consumición. Veremos más adelante que sobre la base de la hipótesis de este trabajo la muerte y la consumición del animal es la relación originariamente constitutiva de la fiesta.

nunca desaparece totalmente. En Granada se interrumpe un cuarto de hora la corrida para merendar, y lo mismo ocurre en plazas tan dispares de Andalucía como Almería o La Línea de la Concepción o San Roque, por poner algunos ejemplos.

Señalo estos aspectos con vistas a dar un apoyo, por así decir empírico, a la hipótesis que sustenta este trabajo, a saber, que la corrida de toros es efectivamente la fiesta, es decir, el acto fundacional constitutivo a la vez de la ley y de su transgresión (constitutivo de la ley en su transgresión misma) y que —con el nombre precisamente de fiesta— Freud nos presenta en *Tótem y Tabú*.⁴

Antes de intentar justificar mi hipótesis presentando el texto de Freud, quisiera hacer alguna precisión. La hipótesis no supone, en absoluto, que la fiesta de los toros constituya una supervivencia de la fiesta totémica. Ello sería absurdo, pues sabemos que la corrida de toros de muerte es introducida en algunos sitios, como la Camarga, sólo en el siglo XIX. Ni siquiera nos atrevemos a decir que el toro sea particularmente apto para encarnar al tótem⁵.

Lo que sí cabe aventurar es que la fiesta de los toros, tal como se concretiza en la tauromaquia moderna, es particularmente apta para desencadenar el proceso de actualización de lo reprimido. Sobre el toro y el ritual de su muerte se produce un desplazamiento, en el sentido freudiano de la palabra. La pulsión, por esencia sin nombre y sin concepto, que motivó a los

⁴ N. del Ed.: El título completo de esta obra que el propio Freud consideraba de mayor importancia es *Tótem y Tabú. Algunos aspectos comunes entre la vida mental del hombre primitivo y los neuróticos* y fue publicada en alemán en *Imago* primero, separada en cuatro capítulos y, posteriormente, como conjunto en un volumen editado por Heller, Leipzig, Viena en 1913. La traducción del alemán, corrió a cargo de Luis López-Ballesteros y de Torres.

⁵ Aunque será curioso comprobar que un antropólogo evocado por Freud —Atkinson— da el ejemplo de los toros bravos en apoyo de la tesis de Darwin sobre la existencia de la horda primitiva.

hermanos en el acto fundacional de su fraternidad es la misma que, sin que ellos lo sepan, conmueve a los espectadores de los tendidos. De tal forma que la lectura atenta del texto de Freud nos ilustra sobre lo que de verdad estamos contemplando en una corrida de toros. El texto de Freud funda en raz3n lo que cualquier aficionado intuye obscuramente, a saber, que en ning3n otro terreno se est1 haciendo patente de forma tan radical lo que constituye la relaci3n fundamental u originaria, la esencia de



Fig. n.º 54.- Don Punchatz: *Crisis del Psicoanálisis*. Apud Freud (1973: III, Lám. 80).

toda relaci3n. El texto de Freud conceptualiza, por aś decirlo, el dogmatismo ingenuo del aficionado (Fig. n.º 54).

Última precisi3n: sobre la base de esta hip3tesis, la tauromaquia plena no es aqu3lla del torero solitario en plaza de tentadero, ni la del caballero persiguiendo al toro en el campo. La tauromaquia implica el p3blico porque implica la fraternidad, implica la identificaci3n de los m3ltiples en uno —el torero— que matando al toro repite simb3licamente el acto fundacional de la humanidad.

II. LA PROHIBICIÓN TOTÉMICA COMO LO CONSTITUTIVO DE LA IDENTIDAD

Veamos, a continuación, las características generales de la religión totémica de acuerdo con las proposiciones de Freud.

«¿Qué es un tótem? –se pregunta el célebre psicoanalista–. Por lo general un animal comestible, ora inofensivo, ora peligroso y temido –más raramente una planta o una fuerza natural (lluvia, agua)–



Fig. n.º 55.- Tótem. Apud Freud (1973: 2, Lám. 71).

que se halla en una relación particular con la totalidad del grupo. El tótem es, en primer lugar, el antepasado del clan y, en segundo, su espíritu protector y su bienhechor que envía oráculos a sus hijos y los conoce y protege aun en aquellos casos en los que resulta peligroso. Los individuos que poseen el mismo tótem se hallan, por tanto, sometidos a la sagrada obligación, cuya violación trae consigo un castigo automático, de respetar su vida y abstenerse de comer su forma» (Freud, 1973: II, 1748) (Fig. n.º 3).

Conviene recordar que el totemismo constituye una fase necesaria y universal del desarrollo humano.

Precisi3n suplementaria sobre la relaci3n entre t3tem y tab3:

«El tab3 de los animales que consiste esencialmente en la prohibici3n de matarlos y consumir su carne, constituye el n3dulo de totemismo» (*ibidem*: 1761).

Y una vez sentada esta relaci3n veamos c3mo el totemismo se halla en el centro de la problem3tica del incesto: las dos prohibiciones tab3 m3s antiguas e importantes aparecen entrañadas en las leyes fundamentales del totemismo: respetar al animal t3tem y evitar las relaciones sexuales con los individuos del sexo contrario pertenecientes al mismo t3tem. Tales debieron ser por tanto los dos placeres m3s antiguos e intensos de los hombres

Sabido es que el que tiene derecho a relaci3n sexual con la mujer para uno prohibida es el padre⁶. M3s adelante veremos que el padre no es otro que el t3tem, pero por el momento ha de considerarse un aspecto aparentemente contradictorio: padre es el de 3tro t3tem en general, cualquiera que sea de otro t3tem y no s3lo aqu3l que a uno ha engendrado:

«Un individuo llama padre no solamente al que le ha engendrado, sino tambi3n a todos aquellos hombres que, seg3n las costumbres de la tribu, habr3an podido desposar a su madre...» (*ibidem*: 1750).

Lo esencial de este punto es comprender que la relaci3n de sangre no es en absoluto determinante del parentesco. Primero surgi3 la ley en un plano, por as3 decirlo, puramente desencarnado; las leyes basadas en lazos consangu3neos no son m3s que restricciones posteriores. Freud mismo explicita el primer punto:

⁶ 3l sistema tot3mico originario se hereda por la madre (Freud, 1973: II, 1815). Por ende, el padre no es del mismo t3tem que sus hijas y nada impide pues su comercio sexual con 3stas.

«Los nombres de parentesco que los australianos se dan entre sí no designan, pues, necesariamente un parentesco de sangre, como sucede en nuestro lenguaje, y representan más bien relaciones sociales que relaciones físicas»⁷.

Veamos ahora cómo sobre la base del sistema totémico la ley se va haciendo más severa y restrictiva. Correlativamente tanto la identidad del individuo como la identidad de la figura del padre se determina y precisa. Una tribu —es decir una organización social— es el resultado de esta complicación de la ley:

«No existen sino muy pocas tribus australianas que no conozcan otras prohibiciones que las determinadas por los grupos totémicos. La mayoría se hallan organizadas de tal forma, que se subdividen, en primer lugar en dos secciones, a las que se da el nombre de clases matrimoniales (las «fratrias» (Phratries) de los autores ingleses). Cada una de estas clases es exógama y se compone de un cierto número de grupos totémicos» (*ibidem*: 1751).

III. PAPEL SECUNDARIO DE LA SANGRE

Consideremos un sistema totémico puro: supongamos que yo he nacido de una mujer del tótem 1. Este tótem es el mío. Supongamos asimismo que el padre se encarna para mí en una figura del tótem 2, es decir, que una figura de este tótem me ha engendrado. Supongamos asimismo que esta figura del tótem 2 ha tenido relaciones con una mujer del tótem 3 de las cuales ha

⁷ Precisemos una serie de puntos: el totetismo aparece siempre en relación con la exogamia, pero la violación de este precepto es menos grave que la de comer la carne del animal *tótem*. En casos de infracción el castigo de la mujer es ser mordida y acribillada a lanzazos hasta dejarla casi espirante». En fin, cita a Frazer en los siguientes términos: «Estaba prohibido matarlo o comer de él *cosa que para el hombre primitivo significaba lo mismo*» (Freud, 1973: II, 1815).

nacido una hembra. ¿Es esta hembra mi hermana? En absoluto, mientras el sistema totémico sea puro.

Complementariamente: hermana mía será la hija de otra mujer del mismo tótem que mi madre, cualquiera que sea el padre. Ello basta para indicar que lo que establece la relación de parentesco no es en el origen de orden sanguíneo.

De la misma manera que no cuenta la sangre de la madre no cuenta tampoco la sangre del padre. No cuenta, pero podrá llegar a contar, es decir, podrá añadirse al sistema totémico una restricción suplementaria: aunque sea de otro tótem no podré unirme a ella (así es mi hermana) si la hembra ha sido engendrada por el que encama a mi padre. No hay ser más espiritual que el primitivo. La dimensión biológica es siempre posterior a la dimensión simbólica. Primero está la ley y después viene la sangre. La vida misma es hija de la ley y no a la inversa. Primero se es hermano en ley, y sólo después se es hermano en sangre.

El padre nos ha aparecido como resultado de la restricción. Es el lado favorecido de este resultado, yo soy el lado desfavorecido. Él es lo que puede estar unido a lo que de mí me falta. Él es el otro tótem. Y, sin embargo, resulta que *padre* es también precisamente aquello que yo soy:

«... nos creemos autorizados para sustituir en la fórmula del totemismo –por lo que al hombre se refiere– el animal totémico por el padre... los mismos primitivos proclaman esta relación, y en todos aquellos en los que hallamos aún vigente el sistema totémico es considerado el tótem como un antepasado» (*ibidem*: 1831).

Padre es pues tanto lo otro que lo que yo soy, como aquello mismo que yo soy. La explicación de esta contradicción consistirá en que *padre* es lo mismo que yo soy en tanto que escindo de lo que soy. Pero por el momento lo único que conviene recordar es que si el padre es el tótem, lo que hagamos con el animal tótem lo estaremos haciendo con el padre.

En un momento dado de *Tótem y Tabú*, Freud transcribe el esquema típico de la organización de una tribu australiana:

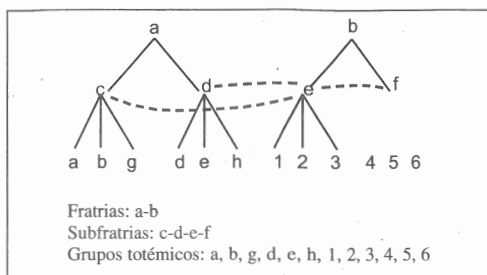


Diagrama expositivo de la organización familiar totémica (Freud, 1973: II, 1752).

Freud nos recuerda:

«Los dos grupos totémicos quedan reunidos en cuatro subclases y dos clases. Todas las subdivisiones son exógenas (el número de los tótem es escogido arbitrariamente). La subclase *c* forma una unidad exógama con la subclase *e*, y la subclase *d* con la *f*. El resultado obtenido por estas instituciones y, por consiguiente, su tendencia, no es nada dudoso. Sirven para introducir una nueva limitación de la libertad sexual y de la elección matrimonial» (*ibidem*: 1752).

Supongamos que yo soy tótem *a*. En principio, sólo soy hermano de las hijas de las mujeres del tótem con las cuales me está prohibido el comercio sexual. Si se considera que el primitivo no tiene en principio otro ser que el de su tótem⁸, en esta prohibición lo que se me impide, de hecho, es unirme a mí mismo, prohibición que por otra parte es lo que constituye mi

⁸ Si al primitivo se le pregunta quién es, responde con el nombre de su tótem. En este sentido, Freud cita, como tantas veces, a Frazer: «Los miembros de una tribu se nombran según el tótem y creen, en general, que descienden de él».

identidad. Cuando además de *a* se me prohíben también los tótem *b, g, d, e, h*, se ha extendido el campo de lo que me constituye y soy fraterno respecto a más gente. Al prohibírseme también la mezcla con 1, 2, 3, el campo de lo prohibido y de lo que yo soy es ya enorme. *Padre* (en la hipótesis de que el tótem se recibe por herencia materna) es todo aquello que puede mezclarse con lo que a mí me está prohibido, o sea, con mi madre o conmigo mismo.

IV. LA FIESTA COMO UNIDAD DE LA LEY Y DE SU TRANSGRESIÓN

En otra ocasión, Freud cita un pasaje del libro de Wundt, *Elementos de la Psicología de los Pueblos*, referente a la transgresión ritual de la prohibición totémica:

«Salvo en ciertas circunstancias excepcionales estaba rigurosamente prohibido comer de la carne del animal tótem. Esta interdicción presenta una importante contrapartida en el hecho de que en determinadas ocasiones solemnes, y observando un cierto ceremonial, era muerto y comido el animal tótem» (Cf. Wundt a Freud, 1973: II, 1815).

En la página 1833 la obra de otro autor (R. Smith) es asimismo citada:

«una ceremonia singular, la llamada *comida totémica*, formó desde un principio parte integrante del sistema totémico» (*The Religion of the semites*, 1894). Y Freud precisa: «como brebaje se ofrecía primeramente al dios la sangre del animal sacrificado, sustituida luego en épocas posteriores por el vino, al cual se consideraba como la sangre de la vid, nombre que aún le dan los poetas en nuestros días» (Fig. n.º 56).

Freud sintetiza, en una página posterior, las hipótesis de Wundt y Robertson Smith añadiendo –nos dice– algunos rasgos

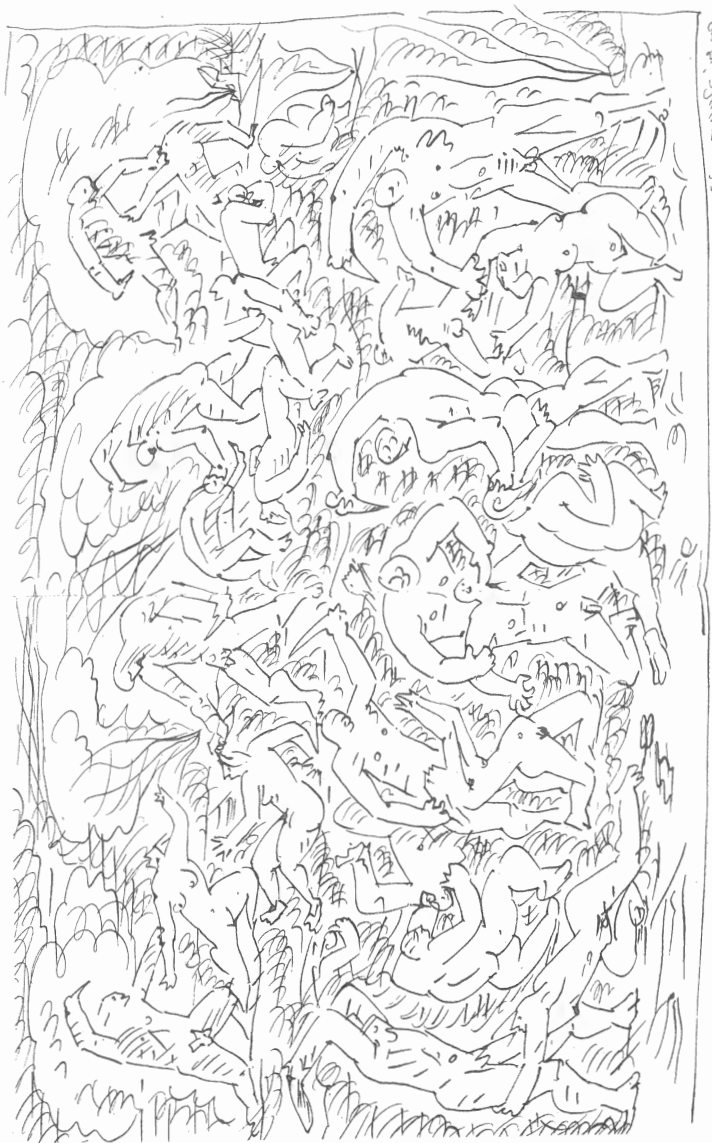


Fig. n.º 56.- André Masson: *Masacre*, 1932, dibujo. Apud *Minotaure*, Paris, 1933, n.º 1, 60-61.

verosímiles. El resultado es la descripción de lo que Freud llama la fiesta, la fiesta por esencia o, si se prefiere, la esencia misma de la fiesta:

«En una ocasión solemne mata el clan cruelmente a su animal totémico y lo consume crudo –sangre, carne y huesos– Los miembros del clan se visten para esta ceremonia de manera a parecerse al tótem, cuyos sonidos y movimientos imitan, como si quisieran hacer resaltar su identidad con él. Saben que llevan a cabo un acto prohibido individualmente a cada uno, pero que está justificado desde el momento en que todos toman parte de él, pues, además, nadie tiene derecho a eludirlo. Una vez llevado a cabo el acto sangriento, es llorado y lamentado el animal muerto. El duelo que esta muerte provoca es dictado e impuesto por el temor de un castigo y tiene, sobre todo, por objeto, según la observación de Robertson Smith referente a una ocasión análoga, sustraer al clan a la responsabilidad contraída.

Pero a este duelo sigue una regocijada fiesta en la que se da libre curso a todos los instintos y quedan permitidas todas las satisfacciones. Entreveamos aquí sin dificultad la naturaleza y la esencia misma de la fiesta.

Una fiesta es un exceso permitido y hasta ordenado, una violación solemne de una prohibición. Pero el exceso no depende del alegre estado de ánimo de los hombres, nacido de una prescripción determinada, sino que reposa en la naturaleza misma de la fiesta, y la alegría es producida por la libertad de realizar lo que en tiempos normales se halla rigurosamente prohibido» (*ibidem*: 1837).

Hasta ahora la fiesta aparece tan sólo como la ruptura de una ley ya dada. En otros términos, las líneas que preceden parecen sugerir un esquema de este orden: primero hubo la ley y bajo la presuposición de la ley un día emergió la fiesta, fiesta que

hubiera podido perfectamente no emerger. Veremos sin embargo que este esquema no es válido: lejos de preceder a la fiesta, la ley emerge como el correlato de ésta en el acto fundamental, al decir de Freud, «de las organizaciones sociales, de las restricciones morales y de la religión» (*ibidem*: 1838).

Así pues, la fiesta totémica ritual constituye la repetición de una *fiesta* de idénticas características pero en la que la víctima sacrificada no es una representación consciente de una entidad oculta, sino esta entidad oculta misma, entidad ni consciente ni inconsciente, simplemente porque antes de su sacrificio no cabe hablar de conciencia. La conciencia emergió de una fiesta como resultado de relegar a lo irrepresentable, lo inconceptualizable, lo puramente pulsional, lo que en esta fiesta había ocurrido. Y con la conciencia emergió asimismo el lenguaje, la ley y en definitiva la humanidad.

Freud se pregunta ¿qué significa el duelo consecutivo a la muerte del animal totémico y qué sirve de introducción a esta alegre fiesta? Si la tribu se regocija del sacrificio del tótem, que es un acto ordinariamente prohibido, ¿por qué le llora al mismo tiempo? Y Freud avanza su respuesta en términos estrictamente psicoanalíticos:

«El psicoanálisis nos ha revelado que el animal totémico es, en realidad, una sustitución del padre, hecho con el que se armoniza la contradicción de que estando prohibida su muerte en época normal se celebre como una fiesta su sacrificio y que después de matarlo se lamente y lllore su muerte. La actitud afectiva ambivalente, que aún hoy en día caracteriza el complejo paterno en nuestros niños y perdura muchas veces en la vida adulta, se extendería pues también al animal totémico considerado como sustitución del padre» (*ibidem*: 1837-1838) (Fig. n.º 57).

El padre es lo que el clan está sacrificando en la fiesta totémica. ¿El padre humano detrás de la representación ani-

mal? No precisamente, pues el padre humano surgió sólo como consecuencia del sacrificio. El padre es a la vez la víctima y la promesa inherente al crimen de no renovar jamás este último. *Padre humano* es la unidad dialéctica entre padre aniquilado y *padre* obedecido, entre *padre* que elimino para acceder a lo que soy y *padre* que instauo como la prohibición que me constituye. Unidad dialéctica que cabría sintetizar en la expresión: *obediencia al padre muerto* y caracterizar como respeto.

El *padre humano* (el padre propiamente dicho) emerge en su muerte⁹, por consiguiente, antes de su muerte no hay padre; no cabe hablar de sujeto «padre» al cual puede llegar como atributo «muerto en la fiesta fundacional».

Por ello, cuando Freud nos presenta las cosas de esta forma está traspasando el ámbito de la razón e introduciéndose en el ámbito del mito. El padre al que mata la horda primitiva no es un hombre ¿Es, pues, un animal? Por supuesto, dado que hablamos de un ser vivo y automotor, previo a la constitución de la humanidad. Lo que los miembros del clan reunidos sacrifican es la *animalidad* como tal (es decir aquello a lo que sólo podemos referirnos míticamente, puesto que la razón sólo tiene acceso a lo propiamente humano). Y sacrificando su animalidad, los miembros de la horda se erigen en humanos a la vez que instauran la figura del padre.

El padre es la muerte de la animalidad. Pero, y si se nos empujara, por el método de la llamada libre asociación, a encarnar en un animal singular, es decir en una representación, la pul-

⁹ De ahí que en una nota de la *Traumdeutung Freud* nos sugiera que la guerra y la muerte del padre son en un psicoanálisis los acontecimientos más reveladores de que, al fin, emerge el inconsciente del sujeto.

sión misma o animalidad, ¿qué encontraríamos? Nosotros aficionados, probablemente un toro. Freud es algo menos preciso: siguiendo los pasos de cierto antropólogo, nos habla en una nota de un *toro* y de un *caballo*.

Insertamos nuestra nota en su contexto.



Fig. n.º 57.- Freud de niño, con su padre con quien siempre estuvo enfrentado Apud Freud (1973: I, Lám. 8).

V. REBAÑOS DE TOROS Y CABALLOS

Embarcado en esta aventura de hallar origen en una situación previa a la humanidad (es decir previa al lenguaje y al concepto) Freud recurre, entre otros, a un escrito científicista

extraído de una hipótesis mediante la cual Darwin intentaba dar cuenta de la connaturalidad de la exogamia¹⁰.

«La teoría darwiniana supone la existencia de un padre violento y celoso, que se reserva para sí todas las hembras y expulsa a sus hijos conforme van creciendo. Este estado social primitivo no ha sido observado en parte alguna. La organización más primitiva que conocemos y que subsiste aún en ciertas tribus, consiste en *asociaciones de hombres* que gozan de iguales derechos y se hallan sometidos a las limitaciones del sistema totémico, ajustándose a la herencia y por línea materna. ¿Puede esta organización prevenir de la postulada por la hipótesis de Darwin? Y en caso afirmativo, ¿qué camino ha seguido tal derivación?»¹¹ (Freud, 1973: II, 1838).

Antes de transcribir la respuesta de Freud a esta doble pregunta notemos bien que Freud es perfectamente consciente del carácter mítico o especulativo de la hipótesis de partida y por eso

¹⁰ El texto de Darwin citado por Freud es el siguiente: «Por lo que sabemos de los celos de todos los mamíferos, muchos de los cuales se nos muestran armados de órganos especiales destinados a la lucha contra sus competidores, podemos concluir en efecto, que la promiscuidad general de los sexos en el estado de naturaleza es un hecho muy poco probable... Pero si, remontándonos suficientemente en el tiempo juzgamos las costumbres sociales humanas conforme a la esencia del hombre actual, la conclusión que se nos aparece como más probable es la de que los hombre vivieron primitivamente en pequeñas sociedades, teniendo generalmente cada uno una sola mujer, y a veces, si poseía un alto grado de poderío, varias, que defendía celosamente contra todos los demás hombres» (Cf. Darwin en Freud, II: 1827).

¹¹ «La hipótesis, que tan monstruosa parece, del vencimiento y el asesinato del tiránico padre por la asociación de los hijos sería, según Atkinson, una consecuencia directa de las circunstancias de la horda primitiva darwiniana... Atkinson, que pasó toda su vida en Nueva Caledonia y tuvo ocasiones poco corrientes de estudiar con detenimiento la vida de los indígenas, invoca el hecho de que las condiciones de la horda primitiva, tal y como Darwin las supone, se comprueban regularmente en los rebaños de caballos y toros salvajes y conducen siempre al asesinato del animal padre» (Freud, 1973: II: 1838, n. 1254).

se cura en salud afirmando que tal estado social primitivo no ha sido observado en parte alguna. Lo único observable es la sociedad totémica, es decir la humanidad ya constituida. Nada más razonable, pues observar la hipótesis previa equivaldría a observar la pura animalidad, la cual en la teoría freudiana es por definición inobservable e irrepresentable (Fig. n.º 58).



Fig. n.º 58.- *Freud con sus hijos, soldados*. Apud Freud (1973: I, Lám. 17).

Volvamos ahora al mito:

«Basándose en la fiesta de la comida totémica, podemos dar a estas interrogaciones la respuesta siguiente: Los hermanos expulsados se reunieron un día, mataron al padre y devoraron su cadáver, poniendo así fin a la existencia de la horda paterna. Unidos emprendieron y llevaron a cabo lo que individualmente

les hubiera sido imposible. Puede suponerse que lo que les inspir3 el sentimiento de su superioridad fue un progreso de la civilizaci3n, quiz3 el disponer de un arma nueva. Trat3ndose de salvajes caníbales era natural que devorasen el cad3ver. Adem3s, el violento y tir3nico padre constituía seguramente el modelo envidiado y temido de cada uno de los miembros de la asociaci3n fraternal, y, al devorarlo se identificaba con 3l y se apropiaba una parte de su fuerza. La comida tot3mica, quiz3 la *primera fiesta de la humanidad*, sería la reproducci3n conmemorativa de este acto criminal y memorable que constituy3 el punto de partida de las organizaciones sociales, de las restricciones morales y de la religi3n» (Freud, 1973: II, 1838).

Vemos inmediatamente que la fiesta tot3mica conmemora el acto constitutivo de la humanidad como tal, pues ¿c3mo hablar de humanidad previamente a la organizaci3n social, a las restricciones morales y a la religi3n? Pero lo que aqu3 nos interesa es señalar que la fiesta y el acto que ella conmemora coinciden, es decir: el acto no ha existido m3s que bajo el modo de la conmemoraci3n, de la repetic3n ritual. O en otros t3rminos: el hombre no ha matado nunca su propia animalidad, por la sencilla raz3n de que 3sta, antes de su muerte jam3s estuvo presente. La animalidad del hombre se ha *desplazado*, la pura puls3n –aquello que es satisfacci3n– se ha encarnado, ha tomado figura, figura literalmente de lo invisible.

Un animal singular va a encargarse de hacer presente lo que de nosotros mismos es irrepresentable y aqu3 nuestra nota:

«...las condiciones de la horda primitiva, tal y como Darwin las supone, se comprueban regularmente en los rebaños de caballos y toros salvajes y conducen siempre al asesinato del animal padre» (*ibidem*: 1838).

VI. COLOFÓN: CRISTO Y LA FIGURA DEL MATADOR DE BUEYES

En la centuria que precedió nuestra Era, el culto de Mitra se propaga desde Persia a través de Armenia y en los primeros tiempos del Cristianismo ambos cultos rivalizan a lo largo del Imperio. La figura de Mitra, dios de la Luz e intercesor entre el Hombre y el Ser Supremo, tiene para nosotros el interés de ser representada en actitud de dar muerte a un animal, animal que en unas ocasiones es calificado de buey y en otras ocasiones de toro. Pues bien, al final de su análisis Freud evoca en estos términos la figura de este matador:

«El rostro nimbado de luz de la juvenil divinidad ha permanecido impenetrable para nuestra inteligencia. Las imágenes de escultura de Mitra que nos lo muestran sacrificando bueyes nos autorizan quizás a deducir que representaba al hijo que llevó a cabo por sí solo el sacrificio del Padre y redimió así a los hermanos de la culpa común que sobre ellos pesaba desde el crimen primitivo. Pero había aún otro camino para atenuar tal conciencia de culpabilidad y este otro camino es el que Cristo fue el primero en seguir. Sacrificando su propia vida redimió a todos los hermanos del pecado original» (*ibidem*: 1845).

Así pues, la aparición de una figura singular, de un protagonista, se hallaría ligada a la necesidad de redención. El protagonista Mitra, matador de bueyes, asumiendo toda la culpa nos permite matar al padre y sin embargo quedar exentos de la responsabilidad tremenda del delito. Nos satisfacemos en el crimen pero no pagamos la culpa. ¿Quiere ello decir que hemos ganado en todos los terrenos? Nada menos seguro. La emergencia de un protagonista supone el restablecimiento de la jerarquía que en la matanza ritual se anula. Uno de los hermanos encarna la figura del padre; cabría decir: uno de los hermanos *necesariamente* encarna la figura del padre pues, como hemos visto, la jerarquía sólo míticamente prece-

de al acto de su anulaci3n; la jerarquía nace en el instante mismo en que se anula. De ah́ que cuando Freud, antes de evocar la figura de Mitra, transcriba la descripci3n por Robertson Smith del ceremonial de una comida totémica no olvida precisar que el jefe de la tribu juega en el acto un papel primordial.

VII. RESUMIENDO NUESTRA HIP3TESIS

El toro es la figura del padre, es decir:

1) Es la figura de la pulsión, de la satisfacci3n pulsional a la que he renunciado.

2) Es la figura de la divisi3n de mí mismo, de la imposibilidad de unirme con lo que yo mismo soy. (Los que somos del mismo t3tem no podemos mezclarnos. Los hijos del sacrificado no nos mezclaremos y así se seguirá cumpliendo su ley).

3) Es la figura de la satisfacci3n del otro. (Los que no son del mismo t3tem que yo –los otros– sí pueden encontrar la satisfacci3n que a mí me es negada).

BIBLIOGRAFÍA

- Freud, S. (1973): *Obras Completas. I. (1873-1905). Ensayos I al XXV*, Madrid, Biblioteca Nueva, XLVIII.
- *Obras Completas. II. (1905-1915 [1917]). Ensayos XXVI al XCVII*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- *Obras Completas. III. (1916-1938 [1945]). Ensayos XCVIII al CCIII*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- Gómez Pin, V. (1981): *El reino de las leyes. El orden freudiano*, Madrid, Siglo XXI.
- (s.f.): *El Psicoanálisis. Justificación de Freud*, Barcelona, Ed. Montesinos, s.a.

